

DE LOS GENEROS DE «PAN Y CHOCOLATE»:
EL MAS NEGRO

“Me sirvo otro whisky y me siento a contemplar el fiambre. Esto de la vida y de la muerte es misterioso de cojones. Hace un momento estaba vivita y coleando, y ahora está más quieta que la hostia. ¡Jóder qué misterio! Un misterio bueno de verdad. Al que lo inventó le debían hacer un monumento. Si alguna vez se hace una suscripción popular para levantarlo, que me avisen. Estoy dispuesto a dar hasta veinte mil duros. Por éstas.”

Carlos Pérez Merinero
de “Días de Guardar”

PARECE creencia generalizada que la literatura de “pan y chocolate”, en la que puede incluirse la novela de aventuras, las novelas rosas, los folletines de “foto-novela”, o las novelas del oeste, están en el perfecto derecho de abandonar la realidad, lo que habitualmente vemos desde nuestros ojos de sesudos habitantes de ciudad hasta la eternidad, para integrarse a derroteros de dudosa credibilidad, lanzados hacia una marginación inconsciente que aleja del mundo “creíble” gran cantidad de hechos cotidianos.

La primordial aportación de estos géneros, en los que las novelas de serie negra, o detectivesca, tienen cabida, es de mostrar al mundo en un esplendor reconocible, casi palpable, por mucha fantasía que podamos creer ver. De la aventura al amor, pasando por los abordajes y los jereys de pico, el mundo y sus habitantes se ofrecen como carne de cañón en los que comprobar las quemazones que los días, la vida y el vivir practica en cada uno.

Quizás en esta serie de mal llamados y mal vistos “sub-géneros”, pese



a que dentro de ellos puedan encontrarse firmas de autores absolutamente reconocidas, podamos encontrar una característica, *el riesgo*, donde la vida se pone en juego, unas veces para burlarla, y otras para perderla.

El riesgo es la parte externa que aporta a la literatura este buen montón de obras. Parte calificable, clasificable y dispuesta a sufrir comparaciones de diverso orden, pero no por ello deben de sufrir el desprecio y el poco valor que viene concediéndoseles. Y *el riesgo* es uno de los motores a tener en cuenta cuando de salvar la cotidianidad se trata. Motor que sólo sufre parones cuando la vida no puede seguir adelante, porque ha entrado en el reino de la inmovilidad.

Lo que ofrece la novela negra no es la parte más accidentada del mundo, ni el laberinto por donde deambulan los humanos, ni la crónica extraordinaria de los días, porque aún llevando en sí éstas y otras cosas que pueden hacer dudar de un amplio conocimiento de las posibilidades que tenemos, individual o grupalmente, lo que pone en tela de juicio, lo que expone y pasma es sencillamente la fragilidad de la vida humana.

No es verdad que en las novelas encontremos una exposición depurada de las violencias más acreditadas que estos tiempos ofrecen, eso no es verdad si se compara la realidad diaria de cualquier enfrentamiento bélico, de cualquier atentado terrorista, o mismamente de un desastroso cuidado en lo que a salud y alimentación pública se refiere con cualquiera de las historias que han prestigiado y dotado de carácter propio a este género. Y no porque no lo hayan intentado, sino sencillamente ocurre que la realidad, lo que antes hemos nombrado como lo cotidiano, es siempre más literaria, fantástica y extraordinaria, que la propia literatura.

Ello no quita para tratar de ver mediante el empleo de la muerte y sus variantes, cómo es posible aún el asombro por la sencilla desaparición de lo que entendemos por vida, para encontrarnos con su contrario.

Quizás radique ahí la realidad que nos ofrece la literatura negra. Con el sonar de una pistola al dispararse se pone en juego, si la bala dio al adversario o simplemente a algún cuerpo, el metafísico discurso del ser o no ser, o mejor, del estar o no estar vivo. La intriga de la salvación y la supervivencia, del descubrir quién es, o de un fin, por justo o injusto que pueda parecer, no va mucho más allá de lo que diariamente la vida ofrece a sus muchos jugadores. Porque cuando una historia que se cuenta toca a su fin, no es que ese mundo deje de existir, desaparezca, sino que en un guiño se



oculta a nuestros ojos y persevera en continuarse más allá de nuestra calle, de nuestra ciudad, o cruzando los mares y con otros idiomas.

La violencia, o la muerte, no son campos vedados. Ni de los géneros literarios ni de los tiempos históricos. Y lo sorprendente no es su desaparición o inexistencia, sino su desconocimiento.

Tiene la novela negra algo de maestro crudo que no miente. De maestro que expone su lección sobre *el riesgo* en el filo de un cuchillo, y de ahí salir cortado o mal herido, espiritual o corporalmente, no es ninguna locura ni chifladura fácil. Porque ir conociendo el mundo y divisar alguno de sus laberintos causa pasmo. Solemos vernos bastante implicados.

